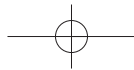
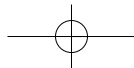
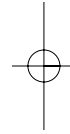
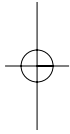


La doctrina del *shock*





Naomi Klein

La doctrina del *shock*

El auge del
capitalismo del desastre

 **PAIDÓS**
Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *The Shock Doctrine*

Traducción de Isabel Fuentes García, Albino Santos, Remedios Diéguez y Ana Caerols

Cubierta de Jaime Fernández

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2007 by Klein Lewis Productions Ltd.

© 2007 de la traducción, Isabel Fuentes García, Albino Santos, Remedios Diéguez y Ana Caerols

© 2007 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.paidos.com

ISBN: 978-84-493-

Depósito Legal: B.

Impreso en Hurope, S. L.
Lima, 3 - 08030 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Capítulo 1

EL LABORATORIO DE LA TORTURA

Ewen Cameron, la CIA y la maníaca obsesión
por erradicar y recrear la mente humana

Sus mentes son como tablas rasas sobre las que nosotros podemos escribir.

DOCTOR CYRIL J. C. KENNEDY y doctor DAVID ANCHEL
sobre los beneficios de la terapia de *electroshocks*, 1948.

Fui al matadero para observar lo que llamaban «matanza eléctrica», y vi que fijaban grandes tenazas metálicas en las sienas de los cerdos, cuyos extremos estaban conectados a una corriente eléctrica de 125 voltios. En cuanto los cerdos tocaban las tenazas, caían inconscientes, se ponían rígidos y al cabo de unos segundos empezaban a convulsionarse como hacían nuestros perros cobayas. Durante este período de inconsciencia (coma epiléptico) el carnicero mataba y sangraba a los animales sin dificultad alguna.

UGO CERLETTI, psiquiatra, acerca de su «invención»
de la terapia de *electroshock*, en 1954.

«Ya no hablo con periodistas —dijo la voz tensa que se oía al otro lado del hilo telefónico. Y luego una diminuta ventana de esperanza—: ¿Qué quiere?»

Me doy cuenta de que tengo unos veinte segundos para convencerla, y no será fácil. ¿Cómo puedo explicarle a Gail Kastner lo que quiero de ella, el viaje que me ha llevado a llamar a su puerta?

La verdad suena tan extraña: «Estoy escribiendo un libro sobre el *shock*. Y sobre los países que sufren *shocks*: guerras, atentados terroristas, golpes de Estado y desastres naturales. Luego, de cómo vuelven a ser víctimas del *shock* a manos de las empresas y los políti-

6 La doctrina del *shock*

cos que explotan el miedo y la desorientación frutos del primer *shock* para implantar una terapia de *shock* económica. Después, cuando la gente se atreve a resistirse a estas medidas políticas se les aplica un tercer *shock* si es necesario, mediante acciones policiales, intervenciones militares e interrogatorios en prisión. Quiero hablar con usted porque creo que es una de las personas que ha sobrevivido al mayor número de *shocks*. Usted fue víctima de los experimentos clandestinos de la CIA con *electroshocks* y otras “técnicas especiales de interrogatorio”. Y, por cierto, creo que los frutos de las investigaciones para las cuales usted fue una cobaya humana se están utilizando con los prisioneros de Guantánamo y Abu Ghraib».

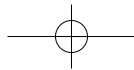
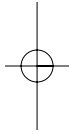
No, desde luego que no puedo decirle eso. Así que me limito a contestar: «Hace poco estuve en Irak, y trato de entender el papel que juega allí la tortura. Nos dicen que se trata de obtener información, pero creo que es más que eso. Estoy convencida de que están intentando construir un Estado modélico, borrando las mentes y los cuerpos de las personas y volviéndolos a crear de cero».

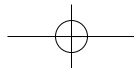
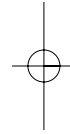
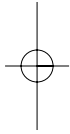
Hay una larga pausa, y luego el tono de voz de la respuesta es distinto. Tenso aún, pero ¿ligeramente aliviado? «Lo que acaba de decir es exactamente lo mismo que la CIA y Ewen Cameron me hicieron a mí. Trataron de borrar me y volver a crearme. Pero no funcionó.»

En menos de veinticuatro horas, estoy frente a la puerta del apartamento de Gail Kastner, en un edificio gris y antiguo en Montreal. «Está abierto», con una voz apenas audible. Gail me había advertido que quitaría el cerrojo de la puerta porque le cuesta levantarse.

El laboratorio de la tortura 7

Son las pequeñas fracturas de su espina dorsal, que se vuelven más dolorosas a medida que la artritis se extiende por su cuerpo. El dolor de espalda es sólo uno de los recuerdos de las 63 veces que descargaron entre 150 y 200 voltios de electricidad en los lóbulos frontales de su cerebro, mientras su cuerpo se convulsionaba violentamente encima de la camilla, causándole diminutas fracturas, roturas de ligamentos, mordeduras en los labios y dientes rotos.





(De la introducción)

LA NADA ES BELLA

Tres décadas borrando y rehaciendo el mundo

La Tierra estaba toda corrompida ante Dios y llena toda de violencia. Viendo, pues, Dios que todo en la Tierra era corrupción, pues toda carne había corrompido su camino sobre la Tierra, dijo Dios a Noé: «El fin de toda carne ha llegado a mi presencia, pues está llena la Tierra de violencia a causa de los hombres, y voy a exterminarlos de la Tierra».

Génesis, 6,11

Del *shock* y de la conmoción surgen miedos, peligros y destrucciones inaprensibles para la mayor parte de la gente, para elementos y sectores específicos de la sociedad de la amenaza, o para los dirigentes. La naturaleza, bajo la forma de tornados, huracanes, terremotos, inundaciones, incendios descontrolados, hambrunas y epidemias también puede generar estados de *shock* y de conmoción.

Shock y conmoción: cómo lograr un dominio rápido de los territorios ocupados, extraído de la doctrina militar de la guerra contra Irak

Empecé a investigar la dependencia entre el libre mercado y el poder del *shock* hace cuatro años, al principio de la ocupación de Irak. Después de informar desde Bagdad acerca de los fallidos intentos de Washington de seguir con sus planes de terapia de *shock*, viajé a Sri Lanka, meses después del catastrófico *tsunami* del año 2004. Allí presencié otra versión distinta de las mismas maniobras: los inversores extranjeros y los donantes internacionales se habían coordinado para aprovechar la atmósfera de pánico, y habían conseguido que les entregaran toda la costa tropical. Los promotores urbanísticos estaban construyendo gran-

10 La doctrina del *shock*

des centros turísticos a toda velocidad, impidiendo a miles de pescadores autóctonos que reconstruyeran sus pueblos, antaño situados frente al mar. «En una cruel broma del destino, la Naturaleza ha ofrecido a Sri Lanka una oportunidad única: de esta terrible tragedia nacerá un destino turístico de primera clase», anunció el gobierno. Cuando el Katrina destruyó Nueva Orleans, la red de políticos republicanos, *think tanks* y constructores empezaron a hablar de «un nuevo principio» y atractivas oportunidades; estaba claro que se trataba del nuevo método de las multinacionales para lograr sus objetivos: aprovechar momentos de trauma colectivo para dar el pistoletazo de salida de reformas económicas y sociales de corte radical.

La mayoría de las personas que sobrevive a una catástrofe de esas características desea precisamente lo contrario de «un nuevo principio». Quieren salvar todo lo que sea posible y empezar a reconstruir lo que no ha perecido, lo que aún se tiene en pie. Desean reafirmar sus lazos con la tierra y los lugares en los que se han formado. «Cuando ayudo a reconstruir la ciudad, siento que también yo estoy reconstruyéndome», afirmaba Cassandra Andrews, residente en la zona de Lower Ninth Ward, terriblemente asolada durante las inundaciones, mientras seguía limpiando las ruinas después de la tormenta. Pero a los capitalistas del desastre no les interesa en absoluto reconstruir el pasado. En Irak, Sri Lanka y Nueva Orleans, los procesos engañosamente llamados «de reconstrucción» se limitaron a terminar la labor del desastre original, tirando abajo los restos de las obras, comunidades y edificios públicos que aún quedaban en pie para luego reemplazarlos rápidamente con una especie de Nueva Jeru-

La nada es bella 11

salén empresarial, todo antes de que las víctimas del conflicto o del desastre natural fueran capaces de reagruparse y reclamar lo que les pertenecía.

Mike Battles supo expresarlo mejor: «Para nosotros, el miedo y el desorden representaban una verdadera promesa». El ex agente de la CIA de 34 años se refería al caos posterior a la invasión de Irak, y cómo gracias a eso su empresa de seguridad privada, Custer Battles, desconocida y sin experiencia en el campo, pudo obtener contratos de servicios otorgados por el gobierno federal por valor de unos 100 millones de dólares. Sus palabras podrían constituir el eslogan del capitalismo contemporáneo: el miedo y el desorden como catalizadores de un nuevo salto hacia adelante.

Cuando me puse a investigar sobre la relación entre los enormes beneficios de las empresas y las grandes catástrofes, pensé que me hallaba frente a un cambio radical en la forma en que la «liberalización» de mercados se desarrollaba en todo el mundo. Durante mi implicación en el movimiento contra el poder de las empresas que hizo su primera aparición global en Seattle en 1999, ya había sido testigo de políticas parecidas, que favorecían a las grandes multinacionales y se imponían en las cumbres de la Organización Mundial del Comercio, a menudo contra la voluntad de los países desfavorecidos, bajo amenaza de negarles los préstamos del Fondo Monetario Internacional si se oponían a ellas. Las tres grandes medidas habituales —privatización, desregulación gubernamental y recortes en el gasto social— solían ser muy impopulares entre la gente, pero con el establecimiento de acuerdos firmados y una parafernalia oficial, al menos se sostenía el pretexto del consentimiento mutuo entre los go-

12 La doctrina del *shock*

biernos que negociaban, así como una ilusión de consenso entre los supuestos expertos. Ahora, el mismo programa ideológico se imponía mediante las peores condiciones coercitivas posibles: la ocupación militar de una potencia extranjera después de una invasión, o inmediatamente después de una catástrofe natural de gran magnitud. Al parecer, los atentados del 11-S le habían otorgado luz verde a Washington, y ya no tenían ni que preguntar al resto del mundo si deseaban la versión estadounidense del «libre mercado y la democracia»: ya podían imponerla mediante el poder militar y su doctrina del *shock* y conmoción.

Sin embargo, a medida que avanzaba en la investigación de cómo este modelo de mercado se había impuesto en todo el mundo, descubrí que la idea de aprovechar las crisis y los desastres naturales había sido en realidad el *modus operandi* clásico de los seguidores de Milton Friedman desde el principio. Esta forma fundamentalista del capitalismo siempre ha necesitado de catástrofes para avanzar. Sin duda las crisis y las situaciones de desastre eran cada vez mayores y más traumáticas, pero lo que sucedía en Irak y Nueva Orleans no era una invención nueva, derivada de lo sucedido el 11-S. En verdad, estos audaces experimentos en el campo de la gestión y aprovechamiento de las situaciones de crisis eran el punto culminante de tres décadas de firme seguimiento de la doctrina del *shock*.

A la luz de esta doctrina, los últimos treinta y cinco años adquieren un aspecto singular y muy distinto del que nos han contado. Algunas de las violaciones de derechos humanos más despreciables de este siglo, que hasta ahora se consideraban actos de sadismo fru-

to de regímenes antidemocráticos, fueron de hecho un intento deliberado de aterrorizar al pueblo, y se articularon activamente para preparar el terreno e introducir las «reformas» radicales que habrían de traer ese ansiado libre mercado. En la Argentina de la década de 1970, la sistemática política de «desapariciones» que la Junta llevó a cabo, eliminando a más de 30.000 personas, la mayor parte de las cuales eran activistas de izquierdas, fue parte esencial de la reforma de la economía que sufrió el país, con la imposición de las recetas de la Escuela de Chicago; lo mismo sucedió en Chile, donde el terror fue cómplice del mismo tipo de metamorfosis económica. En la China de 1989, la masacre de la Plaza de Tiananmen fue el *shock* que desató oleadas de detenciones, más de decenas de miles, que permitieron al Partido Comunista convertir el país en una zona de exportación al por mayor, bien surtida de trabajadores demasiado aterrorizados como para exigir ningún derecho laboral. En la Rusia de 1993, Boris Yeltsin decidió enviar los tanques al Parlamento y maniobrar para impedir que los líderes de la oposición fueran un obstáculo para la privatización fulminante que dió lugar a la nueva clase dirigente del país: los famosos oligarcas.

La guerra de las Malvinas, en 1982, permitió a Margaret Thatcher superar la crisis de las huelgas de los mineros. Gracias a la excitación patriótica que recorrió el país como un relámpago, pudo aplastar la revuelta de los mineros y lanzar la primera gran marea privatizadora de una democracia occidental. En 1999, el ataque de la OTAN contra Belgrado permitió que más tarde la antigua Yugoslavia fuera pasto de rápidas privatizaciones, un objetivo anterior a la propia guerra. La econo-

14 La doctrina del *shock*

mía no fue en absoluto la única motivación que desató estos conflictos, pero en todos y cada uno de los casos, un estado de *shock* colectivo de primer orden fue el marco y la antesala para la terapia de *shock* económica.

Los traumáticos episodios que «prepararon el terreno» no siempre han sido de carácter abiertamente violento. En la década de 1980, en Latinoamérica y África, las crisis a causa de las deudas forzaban a los países a «privatizarse o morir», como dijo un ex funcionario del FMI. Devorados por la hiperinflación, y demasiado endeudados como para negarse a las exigencias que venían de la mano de los préstamos extranjeros, los gobiernos aceptan los «tratamientos de *shock*» creyendo en la promesa de que les salvaría de mayores desastres. En Asia, la crisis financiera de 1997 y 1998 —de consecuencias comparables a la Depresión del 29— bajó los humos de los denominados Tigres de Asia, abriendo sus mercados en lo que el *New York Times* describió como «la mayor liquidación por cierre del mundo». Muchos de estos países eran democráticos, pero las transformaciones radicales que crearon el «libre mercado» no se instauraron democráticamente. Más bien al contrario: tal y como lo entendía Friedman, la atmósfera de crisis a gran escala ofrecía los pretextos necesarios para desestimar los deseos expresados por los votantes y entregar las riendas del país a los «tecnócratas» económicos.

Por supuesto, ha habido casos en los que la adopción de las políticas económicas de libre mercado se ha producido de forma democrática. Los políticos han presentado propuestas de línea dura, y han ganado las elecciones, como sucedió durante la presidencia de

La nada es bella 15

Ronald Reagan en Estados Unidos, y la elección del libre mercado en Canadá en 1988. En estos casos, no obstante, los cruzados del capitalismo se enfrentaron a la presión del público, e invariablemente tuvieron que suavizar y modificar sus planes radicales, viéndose obligados a aceptar cambios graduales en lugar de una conversión total. En resumen, el modelo económico de Friedman puede imponerse parcialmente en democracia, pero para llevar a cabo su verdadera visión necesita condiciones políticas autoritarias. La doctrina de *shock* económica necesita, para aplicarse sin ningún tipo de restricción —como en el Chile de la década de 1970, China a finales de la de 1980, Rusia en la de 1990 y Estados Unidos tras el 11 de septiembre—, algún tipo de trauma colectivo adicional, que suspenda temporal o permanentemente las reglas del juego democrático. Esta cruzada ideológica nació al calor de los regímenes dictatoriales de América del Sur, y en los nuevos territorios que ha conquistado recientemente, como Rusia y China, coexiste con comodidad, y hasta con provecho, con un liderazgo de puño de hierro.

LA TERAPIA DEL *SHOCK* EN CASA

[...] Durante tres décadas, Friedman y sus discípulos sacaron partido metódicamente de las crisis y los *shocks* que los demás países sufrían, los equivalentes extranjeros del 11-S: el golpe de Pinochet otro 11-S, en 1973. Lo que sucedió en 2001 fue que una ideología nacida a la sombra de las universidades norteamericanas y fortalecida en las instituciones políticas de Washington por fin podía regresar a casa.

16 La doctrina del *shock*

Rápidamente, la Administración Bush aprovechó la oportunidad generada por el miedo a los ataques para lanzar la guerra contra el terror, pero también para garantizar el desarrollo de una industria exclusivamente dedicada a los beneficios, un nuevo sector en crecimiento que insufló renovadas fuerzas en la debilitada economía estadounidense. El término «complejo del capitalismo del desastre» la describe con más precisión; tiene tentáculos más poderosos y llega más lejos que el complejo industrial-militar contra el que Dwight Eisenhower lanzó sus advertencias al final de su mandato. Estamos ante una guerra global cuyos combates se libran en todos los niveles de las empresas privadas cuya participación se subvenciona con dinero público, y cuya misión sin fin es la protección del territorio estadounidense a perpetuidad, al tiempo que debe eliminar todo «mal» exterior. En apenas unos años, el complejo ha extendido su presencia en el mercado bajo distintas y cambiantes formas: desde la lucha contra el terrorismo hasta las misiones de paz internacionales, desde la seguridad municipal hasta la reacción con motivo de los desastres naturales. El objetivo último de las corporaciones que animan el centro de este complejo es implantar un modelo de gobierno exclusivamente orientado a los beneficios (que tan fácilmente avanza en circunstancias extraordinarias) también en el día a día cotidiano del funcionamiento del Estado, esto es, privatizar el gobierno.

La Administración Bush empezó por subcontratar, sin ningún tipo de debate público, varias de las funciones más delicadas e intrínsecas del Estado: desde la sanidad para los presos, hasta las sesiones de interrogación de los detenidos, pasando por la «cosecha» y

La nada es bella 17

recopilación de información sobre los ciudadanos. El papel del gobierno en esta guerra sin fin ya no es el de un gestor que se ocupa de una red de contratistas, sino el de un inversor capitalista de recursos financieros sin límite que proporciona el capital inicial para la creación del complejo empresarial y después se convierte en el principal cliente de sus nuevos servicios. Basta citar tres datos que demuestran el alcance de la transformación: en 2003, el gobierno estadounidense otorgó 3.512 contratos a empresas privadas en concepto de servicios de seguridad. Durante un período de veintidós meses hasta agosto de 2006, el Departamento de Seguridad Interior había emitido más de 115.000 contratos similares. La «industria de la seguridad interior» —hasta 2001 económica insignificante— se había convertido en un sector que facturaba más de 200.000 millones de dólares. En 2006, el gasto del gobierno de Estados Unidos en seguridad interior ascendía a una media de 545 dólares por cada familia.

Y eso si hablamos únicamente del frente nacional de la guerra contra el terror; las fortunas se ganan luchando en el extranjero. Sin contar los fabricantes de armas, cuyos beneficios se han disparado gracias a la guerra en Irak, el mantenimiento del ejército estadounidense es uno de los sectores de servicios que más ha crecido en el mundo entero. «Jamás se ha librado una guerra entre dos países que tengan un McDonald's en su territorio», afirmó sin rubor el columnista Thomas Friedman en el *New York Times* en diciembre de 1996. No sólo se demostró su error dos años más tarde, sino que gracias al modelo de beneficios militares, ahora el ejército norteamericano va a la guerra con Burger King y Pizza Hut, pues los contrata para hacerse car-

18 La doctrina del *shock*

go de las franquicias que han de alimentar a los soldados en sus bases militares desde Irak a la «miniciudad» de la bahía de Guantánamo.

Luego, el sector de las ayudas humanitarias y la reconstrucción de las zonas declaradas catastróficas. Irak también constituyó una experiencia piloto, y la reconstrucción orientada a los beneficios ya se ha convertido en nuevo paradigma global, sin importar si la destrucción original procedía de los tanques de una guerra preventiva, como sucedió con los ataques de Israel contra el Líbano en 2006, o de la furia de un huracán. La escasez de recursos y el cambio climático han abierto la puerta a una avalancha de nuevos desastres naturales, un desfile permanente de apetitosas oportunidades de negocio: la ayuda humanitaria es un mercado emergente demasiado tentador como para dejarlo en manos de las organizaciones no gubernamentales. ¿Por qué debe ser la UNICEF la encargada de la reconstrucción de las escuelas cuando puede hacerlo Bechtel, una de las empresas constructoras más grandes de Estados Unidos? ¿Por qué relocalizar a la gente sin hogar del Mississippi en apartamentos vacíos subvencionados por el Estado, cuando los pueden alojar en cruceros de las líneas Carnival? ¿Para qué enviar tropas de pacificación de la ONU a Darfur cuando empresas privadas como Blackwater andan a la caza y captura de nuevos clientes? Y ahí radica la diferencia tras el 11-S: antes, las guerras y los desastres ofrecían oportunidades para una pequeña parte de la economía, como los fabricantes de aviones de combate, por ejemplo, o las empresas constructoras que reparaban los puentes bombardeados. El principal papel económico de las guerras consistía en abrir

La nada es bella 19

nuevos mercados que permanecían cerrados y en generar largas épocas de crecimiento durante la posguerra. Ahora, la respuesta y las medidas de reacción frente a guerras y desastres han alcanzado tan alto grado de privatización que constituyen un nuevo mercado en sí mismas: no es necesario esperar a que termine la guerra para que empiece el desarrollo económico. El medio es el mensaje.

Una de las ventajas más claras de este enfoque posmoderno es que, en términos de mercado, no puede fallar. Como decía un analista de mercado acerca de un trimestre con unos resultados financieros excepcionalmente buenos para la empresa de servicios energéticos Halliburton: «Irak fue mejor de lo que esperábamos». Eso fue en octubre de 2006, el mes más cruento de la guerra, con más de 3.709 bajas de civiles iraquíes. Pero pocos accionistas podían quejarse de una guerra que había generado más de 20.000 millones de dólares de ingresos para una única empresa.

Entre el tráfico de armas, la privatización de los ejércitos, la industria de la reconstrucción humanitaria y la seguridad interior, el resultado de la terapia de *shock* tutelada por la Administración Bush después de los atentados es, en realidad, una nueva economía plenamente articulada. Nació en la era Bush, pero existe independientemente de una administración concreta y seguirá funcionando entre los intersticios del sistema hasta que la ideología supremacista y empresarial que la propulsa quede en evidencia, aislada y en entredicho. El complejo empresarial está en manos de multinacionales estadounidenses, pero su naturaleza es global: las compañías británicas aportan su experiencia con una red de ubicuas cámaras de

20 La doctrina del *shock*

seguridad, las empresas israelíes su pericia en la construcción de vallas y muros de última tecnología, la industria maderera canadiense vende casas prefabricadas que son diez veces más caras que las del mercado local, y así podríamos seguir indefinidamente. «No creo que nadie se haya planteado la industria de la reconstrucción tras los desastres naturales como un mercado inmobiliario hasta ahora», afirmó Ken Baker, presidente de un grupo de industriales madereros de Canadá. «Es una estrategia que nos permitirá diversificarnos a largo plazo.»

En cuanto a su escala, el complejo empresarial surgido del capitalismo del desastre está en pie de igualdad con los «mercados emergentes» y el auge de las tecnologías de la información que tuvieron lugar en la década de 1990. De hecho, las fuentes consultadas afirman que las cifras barajadas son mucho más altas que entonces, y que la «burbuja de la seguridad» inyectó vida en el mercado cuando el negocio de Internet empezó a flaquear. Junto con los grandes beneficios de la industria de los seguros (se cree que alcanzaron un récord de 60.000 millones de dólares en el año 2006, sólo en Estados Unidos), así como los excelentes resultados de las compañías petrolíferas (que crecen con cada nueva crisis), la economía del desastre quizás haya salvado al mercado mundial de la tremenda recesión que amenazaba con desatarse en la víspera de los atentados de 2001.

Un problema recurrente se presenta cuando tratamos de relatar la historia de la cruzada ideológica que ha desembocado en la privatización radical de la guerra y del desastre: la ideología cambia continuamente

de forma, de nombres y de identidades. Friedman se consideraba un «liberal», pero sus discípulos estadounidenses, que relacionaban el liberalismo con elevados impuestos y *hippies*, tendieron a identificarse como «conservadores, «economistas clásicos», «defensores del libre mercado», y, más tarde, seguidores de las *Reaganomics** o del *laissez-faire*. En la mayor parte del mundo son conocidos como neoliberales, pero a menudo se utilizan los términos «libre mercado» o, sencillamente, «globalización». Únicamente desde mediados de 1990, este movimiento intelectual dirigido por los *think tanks* de extrema derecha con los que Friedman trabajó durante varios años —como Heritage Foundation, Cato Instituto o American Enterprise Institute— empezó a autodenominarse «neoconservadores», un enfoque que ha enrolado toda la potencia del ejército y de la maquinaria militar al servicio de los propósitos del conglomerado empresarial.

Todas estas reencarnaciones comparten un compromiso para con una trinidad política: la eliminación del rol público del Estado, la absoluta libertad de movimientos de las empresas y un gasto social prácticamente nulo. Pero ninguna de las múltiples nomenclaturas que esta ideología ha recibido parece suficientemente adecuada. Friedman declaró que su propuesta era un intento de liberar al mercado de la tenaza estatal, pero el historial de los distintos experimentos económicos que se han llevado a cabo nos muestran una realización muy distinta de su visión de purista. En todos los países en que se han aplicado las

* *Reaganomics*: término que combina *economics* (economía) y el nombre del presidente Ronald Reagan. Describe la política económica que éste llevó a cabo durante su mandato.

22 La doctrina del *shock*

recetas económicas de la Escuela de Chicago durante las tres últimas décadas, se detecta la emergencia de una alianza entre unas pocas multinacionales y una clase política compuesta por miembros enriquecidos: una combinación que acumula un inmenso poder, con líneas divisorias confusas entre ambos grupos. En Rusia, los empresarios billonarios que forman parte del juego de alianzas reciben el nombre de «oligarcas»; en China, los «príncipes»; en Chile, «las pirañas», y en Estados Unidos, los «pioneros» de la campaña Bush-Cheney. En lugar de liberar al mercado del Estado, estas élites políticas y empresariales sencillamente se han fusionado, intercambiando favores para garantizar su derecho a apropiarse de los preciados recursos que anteriormente eran públicos, como los campos petrolíferos de Rusia, pasando por las tierras colectivas chinas, hasta los contratos de reconstrucción otorgados para Irak.

El término más preciso para un sistema que elimina los límites en el gobierno y el sector empresarial no es liberal, conservador o capitalista, sino corporativista. Sus principales características consisten en una gran transferencia de riqueza pública hacia la propiedad privada, a menudo acompañada de un creciente endeudamiento, el incremento de las distancias entre los inmensamente ricos y los pobres descartables, y un nacionalismo agresivo que justifica un cheque en blanco en gastos de defensa y seguridad. Para los que permanecen dentro de la burbuja de extrema riqueza que este sistema crea, no existe una forma de organizar la sociedad que dé más beneficios. Pero dadas las obvias desventajas que se derivan para la gran mayoría de la población que están excluidas de los beneficios de la

La nada es bella 23

burbuja, una de las características del Estado corporativista es que suele incluir un sistema de vigilancia agresiva (de nuevo, organizado mediante acuerdos y contratos entre el gobierno y las grandes empresas), encarcelamientos en masa, reducción de las libertades civiles y a menudo, aunque no siempre, tortura.

LA TORTURA COMO METÁFORA

De Chile a Irak, la tortura ha sido el socio silencioso de la cruzada por la libertad del mercado global. Pero la tortura es más que una herramienta empleada para imponer reglas no deseadas a una población rebelde. También es una metáfora de la lógica subyacente en la doctrina del *shock*.

La tortura, o por utilizar el lenguaje de la CIA, los «interrogatorios coercitivos», es un conjunto de técnicas diseñado para colocar al prisionero en un estado de profunda desorientación y *shock*, con el fin de obligarlo a hacer concesiones contra su voluntad. La lógica que anima el método se describe en dos manuales de la CIA que fueron desclasificados a finales de la década de 1990. En ellos se explica que la forma adecuada para quebrar «las fuentes que se resisten a cooperar» consiste en crear una ruptura violenta entre los prisioneros y su capacidad para explicarse y entender el mundo que les rodea. Primero, se priva de cualquier alimentación de los sentidos (con capuchas, tapones para los oídos, cadenas y aislamiento total), luego el cuerpo es bombardeado con una estimulación arrolladora (luces estroboscópicas, música a toda potencia, palizas y descargas eléctricas). En esta etapa se «pre-

24 La doctrina del *shock*

para el terreno» y el objetivo es provocar una especie de huracán mental: los prisioneros caen en un estado de regresión y de terror tal que no pueden pensar racionalmente ni proteger sus intereses. En ese estado de *shock*, la mayoría de los prisioneros entregan a sus interrogadores todo lo que éstos desean: información, confesiones de culpabilidad, la renuncia a sus anteriores creencias. Uno de los manuales de la CIA ofrece una explicación particularmente sucinta: «Se produce un intervalo, que puede ser extremadamente breve, de animación suspendida, una especie de *shock* o parálisis psicológica. Esto se debe a una experiencia traumática o subtraumática que hace estallar, por así decirlo, el mundo que al individuo le es familiar, así como su propia imagen dentro de ese mundo. Los interrogadores experimentados saben reconocer ese momento de ruptura y saben también que en ese intervalo la fuente se mostrará más abierta a las sugerencias, y es más probable que coopere que durante la etapa anterior al *shock*».

La doctrina del *shock* reproduce este proceso paso a paso, en su intento de lograr a escala masiva lo que la tortura obtiene de un individuo en la sala de interrogatorios. El ejemplo más claro fue el *shock* del 11-S, día en el cual para millones de personas el «mundo que les era familiar» estalló en mil pedazos, y dio paso a un período de profunda desorientación y regresión que la Administración Bush supo explotar con pericia. De repente, nos encontramos viviendo en una especie de Año Cero, en el cual todo lo que sabíamos podía desecharse despectivamente con la etiqueta de «antes del 11-S». Aunque la historia jamás había sido nuestro fuerte, Norteamérica se había convertido en una tabla

La nada es bella 25

rasa, una verdadera «página en blanco» sobre la cual se podían «escribir las palabras más nuevas y más hermosas», como Mao le decía a su pueblo. Un nuevo ejército de especialistas se materializó rápidamente para escribir nuevas y hermosas palabras sobre el tapiz receptivo de nuestra conciencia postraumática: «choque de civilizaciones», grabaron. «Eje del mal», «fascismo islámico», «seguridad nacional». Con el mundo preocupado y absorto por las nuevas y mortíferas guerras culturales, la Administración Bush pudo lograr lo que antes del 11-S apenas había soñado: librar guerras privadas en el extranjero y construir un conglomerado empresarial de seguridad en territorio estadounidense.

Así funciona la doctrina del *shock*: el desastre original —llámese golpe, ataque terrorista, colapso del mercado, guerra, *tsunami* o huracán— lleva a la población de un país a un estado de *shock* colectivo. Las bombas, los estallidos de terror, los vientos ululantes preparan el terreno para quebrar la voluntad de las sociedades tanto como la música a toda potencia y las lluvias de golpes someten a los prisioneros en sus celdas. Como el aterrorizado preso que confiesa los nombres de sus camaradas y reniega de su fe, las sociedades en estado de *shock* a menudo renuncian a valores que de otro modo defenderían con entereza. Jamar Perry y sus compañeros de evacuación en el refugio de Baton Rouge tuvieron que sacrificar los pisos de protección oficial y las escuelas públicas. Después del *tsunami*, los pescadores de Sri Lanka tenían que abandonar su valiosa tierra frente al mar y cederla a los constructores de hoteles. Los iraquíes, si todo iba según lo planeado, tenían que caer en tal estado de *shock* que cederían el control de sus reservas petrolíferas, sus

26 La doctrina del *shock*

compañías estatales, y toda su soberanía nacional al ejército estadounidense y sus bases militares y zonas verdes.

Este libro es un desafío contra la afirmación más apreciada y esencial de la historia oficial: que el triunfo del capitalismo nace de la libertad, que el libre mercado desregulado va de la mano de la democracia. En lugar de eso, demostraré que esta forma fundamentalista del capitalismo ha surgido en un brutal parto cuyas comadronas han sido la violencia y la coerción, infligidas en el cuerpo político colectivo así como en innumerables cuerpos individuales. La historia del libre mercado contemporáneo —el auge del corporativismo, en realidad— ha sido escrita con letras de *shock*.

Hay mucho en juego. La alianza corporativista está cerca de conquistar su última frontera: los mercados y las economías del petróleo del mundo árabe, hasta ahora cerrados, y sectores de las economías occidentales que llevan tiempo protegidas de la regla de los beneficios, incluyendo la respuesta ante los desastres naturales y los ejércitos. Puesto que ni siquiera se pretende buscar el consenso público para privatizar funciones tan esenciales, ni en el frente doméstico ni en el extranjero, es necesario convocar a los jinetes de la violencia creciente y de catástrofes aún mayores para alcanzar dichos objetivos. Paradójicamente, como el papel decisivo de los *shocks* y las crisis han sido expurgados tan eficientemente del historial del auge del libre mercado, las tácticas extremas desplegadas en Irak y Nueva Orleans a menudo se tachan de prácticas incompetentes, o amiguismo por parte de la Casa Blanca

La nada es bella 27

de Bush. En realidad, las hazañas de Bush son una mera punta del iceberg creado, una diminuta porción de una campaña monstruosamente violenta que lleva en pie de guerra cincuenta años para lograr la absoluta liberalización del mercado.

Cualquier intento de responsabilizar a determinadas ideologías por los crímenes cometidos por sus seguidores debe plantearse con absoluta prudencia. Es demasiado fácil afirmar que la gente con la que no estamos de acuerdo no sólo se equivoca, sino que también son tiranos, fascistas y genocidas. Pero también es cierto que algunas ideologías constituyen un peligro para la sociedad, y que deben ser identificadas como tales. Me refiero a las doctrinas fundamentalistas y reconcentradas, incapaces de coexistir con otros sistemas de creencias. Sus seguidores deploran la diversidad y exigen mano libre para poner en marcha su sistema perfecto. El mundo tal y como es debe ser destruido, para que su pura visión pueda crecer y desarrollarse debidamente. Arraigada en las fantasías bíblicas de grandes inundaciones y fuegos místicos, esta lógica lleva ineludiblemente a la violencia. Las ideologías peligrosas son las que ansían esa tabla rasa imposible, que sólo puede alcanzarse mediante algún tipo de cataclismo.

Generalmente, los sistemas que claman por la eliminación de pueblos y culturas enteros con el fin de satisfacer una visión pura del mundo son aquellos que profesan una extrema religiosidad y que propugnan la segregación racial. Pero desde el colapso de la Unión Soviética se ha producido un reconocimiento histórico de los grandes crímenes cometidos en nombre del comunismo. Los sótanos de las agencias de información

28 La doctrina del *shock*

soviéticas han abierto sus puertas a investigadores que se han apresurado a contar el número de muertos en hambrunas, campamentos de trabajos forzados y asesinatos. El proceso ha generado un fuerte debate en todo el mundo respecto al papel de la ideología que había detrás de estas atrocidades, y hasta qué punto ésta es responsable de aquéllas, o bien si la distorsión del sistema se debe a que tuvo líderes como Stalin, Ceaucescu, Mao o Pol Pot.

«Fue el comunismo de carne y hueso el que impulsó la represión en masa, que terminó creando un reinado del terror estatal», escribe Stéphane Courtois, coautor del polémico *El libro negro del comunismo*. «¿Podemos decir que la ideología no tiene la culpa?» Por supuesto que no. Pero tampoco se puede deducir que todas las formas de comunismos sean intrínsecamente genocidas, como se ha dicho con total desparpajo. Ciertamente fueron interpretaciones doctrinales y dictatoriales de la teoría comunista que despreciaban la pluralidad las que llevaron a las ejecuciones masivas de Stalin y a los campos de reeducación de Mao. La dictadura comunista está, como debe ser, por siempre empañada por esos experimentos en sociedades reales.

¿Y qué hay de la cruzada contemporánea para la libertad de los mercados mundiales? Los golpes de Estado, las guerras y las matanzas que han instaurado y apoyado regímenes afines a las empresas jamás han sido tachados de crímenes capitalistas; en lugar de eso se han considerado frutos del excesivo celo de los dictadores, como sucedió con los frentes abiertos durante la Guerra Fría y la actual guerra contra el terror. Si los adversarios más comprometidos contra el modelo económico corporativista desaparecen sistemática-

La nada es bella 29

mente, ya sea en la Argentina de la década de 1970 o en el Irak de hoy en día, esa labor de supresión se achaca a la guerra sucia contra el comunismo o el terrorismo. Prácticamente jamás se alude a la lucha *para* la instauración del capitalismo en estado puro.

No estoy afirmando que todas las formas de la economía de mercado son violentas de por sí. Es perfectamente posible poseer una economía de mercado que no exija tamaña brutalidad ni pida un nivel tan prístino de ideología pura. Un mercado libre, con una oferta de productos determinada, puede coexistir con un sistema de sanidad pública, escolarización para todos, y una gran porción de la economía —como, por ejemplo, una compañía petrolífera nacionalizada— en manos del Estado. También es posible pedirles a las empresas que paguen sueldos decentes, que respeten el derecho de los trabajadores a formar sindicatos, y solicitar a los gobiernos que actúen como agentes de redistribución de la riqueza mediante los impuestos y las subvenciones, con el fin de reducir al máximo las agudas desigualdades que caracterizan al Estado corporativista. Los mercados no tienen por qué ser fundamentalistas.

Keynes propuso exactamente esta combinación de economía regulada y mixta después de la Gran Depresión, una revolución en las políticas públicas que dieron lugar al New Deal y a transformaciones parecidas en todo el mundo. Era exactamente el sistema de compromisos, equilibrios y controles que la contrarrevolución de Friedman se dispuso a dismantelar metódicamente en todo el mundo. Bajo este prisma, la Escuela de Chicago y su modelo de capitalismo tienen algo en común con otras ideologías peligrosas: el deseo

30 La doctrina del *shock*

básico por alcanzar una pureza ideal, una tabla rasa sobre la que construir una sociedad modélica y re-creada para la ocasión.

Este ansia por los poderes casi divinos de una Creación total explica precisamente la razón por la que los ideólogos del libre mercado se sienten tan atraídos por las crisis y las catástrofes. La realidad no apocalíptica no es muy hospitalaria para con sus ambiciones, sencillamente. Durante más de treinta y cinco años, el motor de la contrarrevolución de Friedman ha sido la singular atracción hacia un tipo de libertad de maniobra y posibilidades que sólo se da en situaciones de cambio cataclísmico. Cuando las personas, con sus tozudas costumbres e insistentes demandas, estallan en mil pedazos: momentos en los que la democracia parece una imposibilidad práctica.

Los creyentes de la doctrina del *shock* están convencidos de que solamente una gran ruptura, como una inundación, una guerra o un ataque terrorista puede generar el tipo de tapiz en blanco, limpio y amplio que ansían. En esos períodos maleables, cuando no tenemos un norte psicológico y estamos físicamente exiliados de nuestros hogares, los artistas de lo real sumergen sus manos en la materia dócil y dan principio a su labor de remodelación del mundo.

¿Quieres seguir leyendo?

La doctrina del shock,
el último libro de Naomi Klein,
te espera en la librería.

Para más información
www.paidos.com

